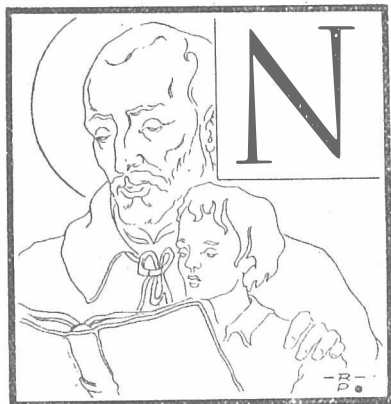


## VALORES TRANSCENDENTES DE LA EMPRESA CALASANCIA



ADA tan corriente cual frases como *vivir su vida*, *seguir su camino*, como señalando imperativa una existencia que puede oscilar entre el egoísmo de la yoidad y la absorción del filósofo. Lo primero puede estar encerrado incluso en la altero-yoidad, en la yoidad alterada por la circuns-

tancia de las cosas materiales, que tras acosar nuestro mismo han acabado por vencerlo y expulsarlo del todo, convirtiendo nuestro ser en la doblez más ínfima y degradante, por lo efímero e inferior de esas cosas en la escala del ser. Muy otro es el *vivir su vida* del filósofo: esa absorción en la plenitud del ser ha sido el término de una dialéctica, de un pensar vivencial, de un pensar integral en escalera, en el que se han subido paso a paso todos los peldaños, sin detenernos incluso en el de nuestra propia intimidad, la cual aparece, cual sin duda lo está, vinculada con esa plenitud de ser, o pendiente por su esencia de ella.

Uno de los tramos en esa dialéctica, de los tramos más interesantes, de los tramos que superan esa yoidad falseada, o de doblez consistente en la entrega a la circunstancia material, es sin duda el pensar histórico: mejor que el pensar, el vivir histórico, condensado en frases como *vivir la historia*, *vivir el pasado*, *revivir lo pretérito*. Estamos ante

uno de los momentos de trascendencia, que son los momentos de una vida auténticamente humana.

Puede ese vivir histórico falsearse, convirtiéndose, por ser pseudovivir histórico, en una pseudovida: vida falsa, porque tras la apariencia de realidad, de autenticidad, anida en ella por completo la doblez. Importa denunciar primero esa falsedad y ponerla después a las claras, por ser ella mucho más frecuente en la vida de la historia, que el vivir auténtico de ésta.

Todo esto se va pareciendo a un divagar que amenaza no tener término, si no es de la paciencia del que lee o escucha; pero no por ello señala menos el estado de un pensamiento que pretende algo más del diálogo interior o consigo mismo, forma de todo pensamiento que aspire al mínimo de fecundidad. Se trata aquí de algo más: llegar a un pensamiento supraobjetivo o intersubjetivo, a un pensamiento de comunión o comunicación, y ello refiriéndose no ya a meras abstracciones, a creaciones puramente mentales en las que haga la lógica todo el gasto, sino que esa comunicación en el pensar ha de ser en la esfera de los valores, y por si esto fuera aún poco, en la esfera de las valoraciones históricas.

Un santo, un director de almas, un forjador de hombres del cual nos separan muchos siglos, siquiera perdure en su obra que pretende eternizarse, eternizando al mismo tiempo a su fundador San José de Calasanz, es el objetivo de este nuestro intento de comulgar en algo que sea al par una mínima revelación de la empresa calasancia y una revelación de nuestro ser, fecunda autopsia o autovisión del mismo, camino de su forjación.

Nuestro pensamiento ha de titubear, ha de vagar, y en ese vagar o caminar errante no hará otra cosa que seguir su propio enrutado, el enrutado dialéctico. Comparar el disparo del pensar con la flecha que va en derechura al blanco, es desconocer del todo nuestro pensar, o hacer igual el pensar humano a algo así como el pensar divino, en el cual por lo

demás no es aplicable propiamente tal metáfora, porque falta el movimiento, y falta éste porque no hay lugar a la distinción entre mente, flecha y blanco. El pensar humano como esencialmente dialéctico, como pensar en escalera o gradería, es pensar en zigzag, pensar de caída u oscilación continua, por el choque o tropiezo en las objeciones u obstáculos. El pensar humano es pensar de esfuerzo, pensar doloroso, y tanto más eficaz cuanto más doloroso, y tanto más doloroso cuanto mayores son esas aporías, que sólo cuando su intensidad desorbita el pensar, es cuando éste, volviéndose aporionado, se hace pensar filosófico, pensar amoroso. Y pensar amoroso no quiere decir otra cosa que pensar integralmente humano, pensamiento que ha superado las abstracciones, rigideces, o aristas de sí mismo, la pura logización, y llenándose de factores volitivos y sentimentales, se carga para prender en sus vuelos, para arrastrar en pos de sí el alma de un auditorio, que comulga de ese modo en la unidad de un pensar, sin perder por ello en nada lo personal, lo humano de ese pensar.

Que sea la aspiración de mi pensar en esta conferencia ese pensar apasionado en que podamos convivir todos, lo está exigiendo el asunto del mismo o sea, la empresa señera de San José de Calasanz en sus valores trascendentes. Esa empresa está exornada de tales valores precisamente por ser empresa histórica en el sentido en que una historia cabe vivirla viviendo vida auténticamente humana, que va hemos visto estar conectada esencialmente con la trascendencia. Decir, por tanto, que una empresa tiene valores trascendentes equivale a decir que es empresa propiamente histórica, ya que esto equivale indudablemente a lo primero.

Tenía, pues, sentido aquel vagar nuestro a través del cual pretendíamos saber qué era el vivir histórico, cautelandonos por adelantado ante un posible vivir histórico falso, que terminaría en la doblez de nuestro vivir y no en su unidad o mismidad.

Recogiendo ese cabo suelto que se presentaba como fue-

ra del entramado de nuestro pensar en su objetivo, ahora que vemos pertenecer de una manera tan capital a esa trama pensante, es claro que el vivir histórico puede paliarse o desfigurarse de muy diversos modos. El zigzaguo de los mismos, marginando el objetivo de nuestro pensar, o sea, la empresa calasancia, nos servirá indudablemente para encuadrar la misma, y encuadrándola acotar al objetivo de ese pensar en comunicación, en la unidad comunicativa a que aspiramos. Ese objetivo así acotado se impondrá a nuestro pensamiento con una unidad no matematizada o rígida, sino enflecada con las vibraciones sentimentales y volitivas de la personalidad de cada uno de nosotros.

Lo histórico, lo pasado en cuanto entraña el paso del no ser al ser, nos atrae irremediablemente como reflejando el enigma de nuestra propia existencia: un va que fué, y que se va sumiendo en el no ser incansable del futuro. Esa atracción presenta diversos grados, y en esa diversidad se va reflejando también lo auténtico y lo no auténtico de nuestro propio existir.

¿Quién no se ve atraído primero por la curiosidad de unas ruinas, curiosidad que gracias a los vuelos de la imaginación creadora puede convertirse incluso en el embrujo de una leyenda forjada para darles vida? He aquí un primer esfuerzo para convertir lo muerto de la historia, lo fugitivo que solamente ha quedado, después de haberse desvanecido lo que era firme: esfuerzo superante la mera e inducta curiosidad por el ardor de fantástico ensueño, que también será algo, si bien vital, no vital humano, no vital trascendente.

Pero ello coloca ya al entendimiento humano ante una paradoja, ante lo antinómico, por lo menos en apariencia, y esta antinomia se convierte en acicate de ese pensar, que empezando por la visión de unas ruinas ha terminado con el encanto de lo legandario

Y esa paradoja estriba en que lo fugitivo, lo pasajero, eso que es una ruina, es lo permanente, mientras que el es-



piritu de esa ruina, lo que en un tiempo le dió vida, calor, estabilidad, ha huido, se ha desvanecido.

Ante paradoja tal, viene la tarea del crítico que trata de averiguar el ya de esa ruina, qué fué ese montón de escombros, qué hechos humanos se condensaron en torno de los mismos, *cómo sucedió*, en una palabra, todo ello. Primer intento de la diosa Clio, del saber histórico para vencer el tiempo, para triunfar de lo pasajero, para volver lo muerto a la vida y hacer presente lo que ya fué. A través de este intento la memoria lucha contra las edades y las vence, vengándose del tiempo y sus injurias. Todo ello lo expresará un poeta español poniendo en boca de la diosa Clio:

*A la fama y a la gloria  
que hoy doy, el tiempo cede  
las injurias, que no puede  
la edad contra la memoria.  
Plectro es mi pluma elocuente,  
deidad mi voz que atrevida  
vuelve al ya muerto a la vida  
y hace lo que fué presente.*

Mas con toda esta depuración crítica de los hechos para llegar al *cómo exacto* de los mismos, no estamos, ni mucho menos, dentro del vivir histórico auténtico, dentro de lo trascendente histórico. Ante el tamiz de la crítica pasa lo mismo un hecho que nada tiene de trascendente, un hecho no ya humano, sino infrahumano incluso, como un hecho que ha vencido y superado el tiempo, por los caracteres de universalidad y necesidad histórica anejos al mismo. Para la crítica histórica que no trata sino de depurar el *cómo* de los hechos, es lo mismo el magno del descubrimiento de América que el peinado que ostentaron las matronas del Imperio Romano. Además, en los magnos acontecimientos del pasado que pueden aspirar a la categoría de entes históricos, no interesa gran cosa el detalle, la circunstancia, y hasta pu-

diera convertirse en obstáculo para revivirlos con la carga de elementos emocionales que entraña tal reviviscencia. Lo estirado, lo rígido de una crítica histórica, la razón seca y árida de la misma es más a propósito para enmustiar y hasta secar las flores del árbol del vivir histórico, que para hacer revivir esas flores.

Mas si la crítica histórica es de por sí insuficiente para revivir lo histórico, por lo menos nos suscita nuevas aporías que originarán nuevos zigzagueos del pensamiento humano para volverse apasionado, para volverse filósofo, y quien dice tal, mienta intensamente vital.

La imparcialidad de la crítica histórica es lo más distante de ese pensar apasionado, y no cabe duda que esa imparcialidad se conecta esencialmente con ella. La crítica, como acabamos de ver, no es capaz de discriminar entre el hecho o sucedido con la categoría de ente histórico, y el suceso que no goza de tal categoría. Hay un devenir o suceder histórico con permanencia, que vence al tiempo, que triunfa de sus injurias, o tiene, por lo menos, potencialidad para una y otra cosa, y otro suceder o devenir que se cae irremediabilmente en el sumidero de lo temporal, sin posibilidad alguna de permanencia o de trascender la temporalidad. Si la crítica no puede distinguir entre uno y otro devenir, por lo menos plantea el problema de esa distinción, reclamando por una solución urgente del mismo.

El pensamiento ante ese nuevo problema que le impera el vivir histórico para ser humano, para ser trascendente, se lanza sobre ese devenir en cuanto tal, con la pretensión de encontrar en el mismo elementos de permanencia, de estabilidad, criterios de distinción entre un devenir histórico y otro que no puede aspirar a tal título.

Todo llegar a ser, todo movimiento sucesivo o temporal, como cayendo en la categoría filosófica del cambio o mutación, entraña además de un término *a quo* y un término *ad quem*, el enlace entre los dos por medio de un sujeto que permanece, de un sujeto que cambia.

Aplicando estas elementales nociones filosóficas al devenir o llegar a ser históricos, es obvio preguntar por el sujeto del mismo, que no puede ser otra cosa que el hombre, ya solo, ya en colectividad. Mas el hombre ha desaparecido con el devenir: tanto del autor o *hacedor* de la historia, cuanto de sus mismos hechos, no quedan a lo más sino las huellas, y éstas son algo totalmente distinto de ese devenir y del sujeto. ¿No estamos, en el trance de revivir ese ente histórico que es el suceder, ante la imposibilidad de un devenir o suceder, de un cambio en una palabra falto de sujeto que cambie, falto de sustentáculo, de un cambio que esencialmente no es cambio? ¿Dónde se apoya el devenir histórico para vencer, incluso, lo fugitivo, lo pasajero e inestable del tiempo?

Hemos llegado al enigma, al magno enigma del ente histórico, al enigma del devenir histórico.

No se puede decir, para aclarar tal enigma, que el ente histórico como empresa de valor trascendente se apoya en los continuadores de esa empresa, viviendo en ellos y perpetuándose, por tanto, a través de esa cadena de generaciones humanas, porque esos continuadores actuales de la empresa no pertenecen a la historia, son del presente, y sus inmediatos antecesores ya no existen, no pudiendo servir, por tanto, de sustentáculo o soporte al devenir histórico en cuestión.

La serie a través de la cual se perpetúa continuizándose la empresa histórica, es algo, pero no lo es todo en el devenir histórico. Y decimos que es algo en orden a aclarar el enigma de lo histórico, porque esa sucesión nos da pie para distinguir entre lo primero histórico y lo primero sin trascendencia histórica. Es evidente que Colón no fué el primero que pisó tierras americanas: anteriores al descubrimiento colombrino, primeros por tanto que el mismo, fueron las expediciones o viajes de los wikingos; pero sólo el descubrimiento de Colón merece el título de histórico con valor de trascendencia, ya que sólo del mismo arranca una

continuidad de sucesión, por la cual tal hecho adquiere caracteres de necesidad y universalidad de tipo histórico; sólo el mismo es capaz de suscitar una vivencia humana histórica.

Mas queda por aclarar la raíz más profunda de esos caracteres que acabamos de señalar, o lo que equivale a lo mismo, precisa dar con el sustantivo del ente histórico, ya que hasta ahora no hemos pasado de un devenir con cierta permanencia a través de las generaciones que van sucediéndose, siendo históricas al sucederse y, por lo tanto, no pudiendo constituir las mismas ese soporte, sin lo cual el devenir queda en el aire.

Recurrir a parábolas como la escrituraria del grano de mostaza para aclarar esa paradoja de un devenir permanente, sin sujeto que devente o llegue a ser, podrá representar poéticamente la paradoja, pero no aclararla. Por otra parte, esa aclaración nos alumbraría del todo el problema del vivir histórico auténtico, del vivir, cuyo objeto siendo algo histórico, o sea, el pasado, se haga acreedor al título de vida intensamente humana, como vida trascendente. A través, finalmente, de esa aclaración, se pondría a la luz el medio para convertir este mi pensar en esta conferencia en un pensar de todos, en un pensar de comunicación, en un pensar supersubjetivo e intersubjetivo, por el cual se contribuyera a revelar y forjar el ser de todos y el ser personalísimo de cada uno de nosotros, venciendo la oposición entre lo general y lo individuo, entre lo personal y lo común. Interesa, por tanto, muy mucho apasionar nuestro pensar, con el anhelo de la búsqueda propuesta.

La trascendencia de lo histórico ha sido expresada por frases como la *historia maestra de la vida*; la *historia originando la segunda naturaleza de las costumbres*; la *historia creando las instituciones del vivir humano*. La historia, los hechos históricos verdaderamente tales, se presentan más o menos claramente a través de esas frases como hechos

aleccionadores, como hechos educadores, como hechos altamente formativos de lo humano en cuanto tal.

Si hay algo que se extienda a todas las actividades humanas, si hay un denominador común de ciencias, artes y voliciones plasmadas en instituciones de diversas clases, eso algo común es lo histórico; integra lo histórico lo humano en cuanto radicando esto en la libertad.

Lo histórico, aunque radicando en la mismidad, aunque siendo la individualidad o personalidad acentuada al máximo, y precisamente por esto, se convierte en un fenómeno en el sentido propio de esta palabra, en algo extraordinario, a través de lo cual esa personalidad se pone en tensión máxima, manifestándose a lo exterior como tal fenómeno, como algo de ejemplaridad edificante. En torno de esas personalidades reciamente históricas, a causa de sus magnos hechos, se difunde como una atmósfera de comunicación espiritual, se extiende un campo de magna tensión anímica, en el cual quedan presos los humanos, viéndose atraídas libremente sus voluntades por las cadenas de valores sumos, por los vínculos de la gesta heroica. Así se crea un soporte al devenir histórico, soporte que da permanencia a ese devenir, la permanencia de la sucesión indefinida, en virtud de una comunicación indefinida de esa ejemplaridad edificante.

A más de este soporte del devenir histórico, que antes reputamos como insuficiente, los entes históricos meritorios, esos entes que cifran valores trascendentes, son verdaderos ideales con la cualidad propia de éstos, de ser immanentes y trascendentes a la par a esa cadena o sucesión que constituye el devenir histórico, el cual está como colgado de esos ideales, mientras que al mismo tiempo ellos con su inmanencia vitalizan el dicho devenir.

Si se pregunta, por último, como se sostienen en fin de cuentas esos ideales, cuál es el soporte de los mismos, habrá necesidad de recurrir a Dios, a lo trascendente divino como fundamento y sustentáculo de ellos. Y así el devenir

histórico, como paradójico fenómeno de permanencia y sucesión al par, exige en último término lo divino, nos pone en camino de llegar a Dios. Los héroes de la historia, los realizadores de la misma, exigen como explicación de su personalidad, absorbida por la empresa, sacrificada por ella, el recurso a lo divino, que los inspira, vivifica y tensa en el cumplimiento de sus hechos esforzados, de sus singulares hazañas, y así pueden exclamar con el poeta:

*Est Deus in nobis, animante calescimus illo.*

Dios está en nosotros, y nuestro ardor es vida suya.

Queda con todo lo expuesto preludiado ampliamente el contenido de nuestra meditación, que será *los valores trascendentes de la empresa calasancia*. Vamos a revivir esos valores históricos, aspirando en ello no ya a un pensamiento individual, personal, sino a un pensamiento que, sin dejar de ser eso último, sea también algo intersubjetivo y supersubjetivo: un pensamiento de comunidad de pensar de todos, sin que por ello se enaridezca, perdiendo la carga de volición y sentimentalidad que todo pensar histórico, que todo pensar de valores lleva, no ya sólo aneja, sino como elemento esencial.

Ese pensar de comunidad, ese comulgar en el mismo pensar, como pensar de ideales sostenidos en último término por lo trascendente, contribuirá una vez más a revelar la faceta de nuestro ser, que paradójicamente nos acerca a lo infinitamente distante de nuestro ser finito y limitado.

\* \* \*

Pocos, brevísimos van a ser los datos históricos, los soportes objetivos sobre los que se basará nuestro pensamiento, para descubrir los valores trascendentes en la empresa calasancia. Ya nos hemos cautelado frente a una historia meticulosa, pormenorizada, de crítica exacta del dato, en la cual no cabe busquemos el vivir histórico, siendo a lo más un pseudo vivir la historia.

En 1592 llegaba a Roma el sacerdote español José de Calasanz. A los cinco años de su estancia, en 1597, abre la primera escuela pía gratuita para el pueblo, para los pobres especialmente, en la sacristía de la iglesia de Santa Dorotea. Estamos ante el granito de mostaza escriturario, germen diminuto que se convertirá en el árbol gigantesco de la empresa calasancia. Este árbol echará sus raíces en Roma, en el centro de la universalidad, de la catolicidad, para extender sus raíces principalmente por los países de habla germánica y eslava, donde ya se alzaba potente el árbol escolar protestante, objeto ya desde 1524 de los cuidados del mismo Martín Lutero.

El español José de Calasanz ha estudiado en las Universidades de Llerida, Valencia y Alcalá de Henares, siendo lo más selecta su formación filosófica, teológica y jurídica; su formación es universitaria en todo el peso del vocablo, y, no obstante, no es hacia lo selecto, hacia lo aristo, hacia donde se orienta su empresa: es, en cambio, hacia lo humilde, hacia lo desamparado, hacia el pueblo o turba mísera y pobre hacia donde se orienta aquélla.

A estos hechos clarísimos, incapaces de ser mixtificados, se añade algo de tipo teleológico, orgánico, que ha de regir los esfuerzos del sacerdote español y de los suyos, ya padre de una familia religiosa, la cual cooperará en la empresa calasancia. El instinto calasancio se ordenará como los demás de la Iglesia católica, a la perfección de la caridad: esa perfección la alcanzarán los calasancios imbuyendo a los niños en la piedad y en las letras, como medio para que la vida entera de éstos se deslice cumplidamente; de esa educación o instrucción diligente de los jovencuelos depende la reforma de la sociedad, en la cual todo el mundo ha de estar interesado.

Vamos a descubrir, a través de los escuetos hechos citados y de las directrices capitales de la empresa calasancia, los valores trascendentes de la misma, o lo que equivale a todo ello: vamos a vivir esa magna empresa, a revivir esa

grandiosa historia. Si no hay pintura sin contrastes de luz y sombras, aquí el contraste va a ser esa otra empresa educativa que arranca claramente de Martín Lutero, la cual contribuyó indudablemente a afianzar el protestantismo. Los escritos luteranos que nos van a servir para el contraste dicho, son el folleto o librito dirigido a los Municipios de todos los Estados de Alemania para que creen y mantengan escuelas cristianas, fechado en 1524, y el sermón exhortatorio a todos los párrocos y predicadores para que los niños asistan a las escuelas, sermón que lleva fecha de 1530.

Para San José de Calasanz el instituto que crea y la empresa objeto de sus desvelos a la cual se ordena ese instituto es algo de carácter católico en el sentido etimológico de la palabra, algo de carácter universal. Se crea en Roma, siendo el lugar de origen una insistencia en ese significado universalístico. La misma universalidad del cristianismo, del catolicismo, la universalidad de la verdad inmutable, es la bandera del instituto. Ni la empresa admite limitaciones espaciales, ni tampoco humanas: los educandos pueden pertenecer a cualquier nación o latitud geográfica, y lo mismo cabe decir de los educadores. El amor, que es el motivo de la empresa, como amor de Dios, como caridad —*Deus charitas est*—, lo trasciende todo, espacial y temporalmente. Se trata de crear sencilla y simplemente una *educación pia* de la niñez, una educación cristiana, en la que entre de una parte lo instrumental o informativo —las letras— y de otra y primariamente la piedad, la religión, como lo capital, como lo básico, en el orden formativo.

Nada de lucha frente a otras instituciones educativas, frente a la universidad medieval y a los seminarios que van poco a poco surgiendo al amparo y fomento de la ordenación tridentina. Fuera de estas áreas, áreas de los futuros dirigentes de la sociedad, se extiende otra, por abandonada, no menos interesante: el área de los futuros dirigidos, de las turbas, de los míseros; el área del pueblo, en una palabra.



La educación calasancia será educación popular, en el más pleno sentido de tal vocablo.

El motor de esa educación será la caridad, Dios. Esta apelación inmediata a lo trascendente va a ser extremosamente necesaria a los calasancios en la realización de su empresa. La universalidad, institución educativa cristiana, de carácter también universalístico, empresa asimismo animada por lo divino, contará tanto en profesores, cuanto en alumnos, con el aliciente de los cargos, de las prebendas, de la dirección política y eclesiástica, con lo rumoroso de los éxitos en las disputas o concertaciones, con el esplendor de la fama académica. En la empresa calasancia faltarán todos estos atractivos humanos, demasiado humanos. El fundador de la Orden, insigne maestro o doctor en Filosofía, Teología y Derecho, renunciará a todos esos atractivos, renunciará al esplendor de todo ese su saber, dedicándose a enseñar las primeras letras, los primeros rudimentos de la escritura y lo elemental de la doctrina cristiana a los niños pobres de Roma.

Esta elección de lo humilde, de lo abyecto, de los pobres presa. La universidad, institución educativa cristiana, de Calasancia, un no pequeño problema. Si la Orden está destinada a enseñar el A B C a los niños y los rudimentos de la doctrina cristiana, ¿no será algo vitalmente antieconómico, algo desordenado y sin sentido instruir a los sacerdotes o religiosos de las Escuelas Pías en las alturas de la ciencia y erudición profanas, en las profundidades y enigmas de la filosofía y en las sublimidades de la teología? ¿Para qué les servirá todo eso, supuesto el destino indicado?

Siguiendo el espíritu, y aun de algún modo la regla del Santo fundador, resolvía en carta el 1681 el Padre General de la Orden Calasancia los interrogantes que acabamos de plantear, afirmando de lleno la necesidad de que los religiosos de la Orden se formasen en todas esas disciplinas. A este propósito añadía como razón potísima para nosotros y bellísima en sí que el *profesar una Institución dedicada a*

*la enseñanza en su grado más bajo o humilde, había de ser estimado cual ejercicio de elección y caridad, no de ignorancia y necesidad.*

Estamos ante lo heroico de la caridad cristiana: la caridad, unida a la humildad, siguiendo más de cerca que nunca al Divino Maestro. Estamos ante la caridad abnegada, ante la caridad pletórica de humildad de aquella Omnipotencia, que no contenta con vestirse con el hábito de la servidumbre carnal, se recoge los extremos de su túnica para no herir en lo más mínimo las humildes violetas que bordean el sendero.

Y todo esto se hace en el Instituto Calasancio no porque se desprecien esas altas lucubraciones de la filosofía y teología, no porque se maldiga a la razón, porque se abomine de ella a la manera luterana: se reconocen, sí, los fueros, las excelencias de la hermana razón, pero la razón ha de hermanarse también con los humildes, con los faltos de consejo, con los débiles mentales, y escoger el trato con ellos, por mera elección y caridad, por Dios, en una palabra, prefiriendo aniñarse, despojarse de sus filos dialécticos, para enseñar el A B C y las más elementales doctrinas. La razón bajará su elevado nivel, pero se humanizará, y sobre todo alejará de sí la terrible tentación de endiosamiento, del *seréis como dioses*, y no caerá en el pecado de la *yoidad*.

Pasemos ahora al prometido contraste entre la educación calasancia y la propugnada por Martín Lutero. Sería imponderable el que por espíritu de oposición no viésemos primero algunas semejanzas entre las dos empresas, del educador español y del educador alemán, respectivamente. No cabe poner en duda por un momento que Martín Lutero es el promotor de la educación, o mejor, instrucción popular alemana: alegatos fervientes en pro de la misma son los dos escritos de 1524 y 1530, anteriormente citados. Tampoco es posible silenciar la elevada estima que profesa Lutero por el maestro, en atención a su misión, pareja, a lo que hemos visto en San José de Calasanz. Para Martín Lutero jamás

podrá ser el maestro lo suficientemente recompensado, ni hay dinero alguno que pueda pagar su labor. Esta, junto con la del predicador, es la obra más provechosa y elevada de todas. Cree también firmemente Lutero en la mayor docilidad o educabilidad del niño que las restantes edades.

Mas estas analogías y conveniencias entre la empresa calasancia y luterana, llevan conexo algo aparential, que entraña diferencias aun dentro de ellas.

La empresa luterana es esencialmente polémica, de lucha, no extendiéndose meramente sobre áreas educativas no ocupadas anteriormente, sino pretendiendo acabar con instituciones pedagógicas de rancio abolengo cristiano: esas instituciones son el claustro o enseñanzas claustrales y la Universidad. Lutero quiere acabar con ellas, pretende su ruina total, y en sustitución de la perversa y abominable enseñanza en ellas impartida, tiene prisa en crear las escuelas populares o municipales. No se trata, por consiguiente, aquí de respetar una enseñanza, reconociendo su necesidad, y de crear a su lado otra en áreas educativas desérticas, a las cuales es imposible alcance aquélla, sino de crear una enseñanza única, de democratizar, por decirlo así, la enseñanza, secularizándola y haciéndola única para todos. Democratización que aquí equivale a rebajamiento, apueblamiento y emplebeyamiento de lo educativo, no fundada en otra razón que en el odio a la Universidad, como ciudadela ésta del catolicismo, o más concretamente y más en concordancia con el pensar y las palabras mismas de Lutero, como ciudadela del Papado. A la enemiga de Lutero contra la Teología escolástica había de seguir esta ansia iconoclasta de la Universidad.

Aun siendo grande la estima que profesa Lutero al maestro, es muy distinta la concepción del magisterio en el fundador del protestantismo, que en el santo español. Para éste, el maestro es continuación del sacerdocio: ha de formar en la religión, en la piedad, y no sólo en lo instrumental o informativo. Para Lutero, en cambio, la labor del maes-

tro ha de reducirse a esto último: la enseñanza de lo religioso es cosa del todo ajena al magisterio; lo más que puede hacer el maestro, y ha de esmerarse en ello, es enseñar como algo principalísimo las lenguas, para que el alumno pueda por sí leer la escritura, y recibir directamente, sin intermediario alguno, la inspiración divina. La enseñanza, por tanto, queda secularizada con Lutero, no ya sólo en lo referente al maestro, sino también en lo tocante al contenido de aquélla. Este sentido secularizador se acentúa más y más cuando vemos a Lutero aconsejar así, sin más ni más, que cuando por ser necesitados los padres no se pueda procurar enseñanza en las escuelas a sus hijos, se recurra para ayudarles a los bienes de las iglesias, consigna ésta harto peligrosa en todos los aspectos, por derivar fácilmente a una oposición entre lo religioso y lo escolar, tras el conflicto a que ella de por sí podía dar origen.

Si a través de las analogías aparecen ya graves diferencias entre la concepción educativa luterana y la calasancia, no es difícil presagiar que se agravarán esas diferencias, cuando los puntos de partida de Lutero y José de Calasanz sean ya distintos.

Hemos expuesto el sentido universalístico, católico, de la empresa calasancia; muy distinto es el que anima la exhortación a la enseñanza hecha por Lutero. El eje de la misma es Alemania, el pueblo alemán, la nación alemana. Lutero aparece en los escritos pedagógicos como un nacionalista extremo, como si no hubiera otra cosa para él a que aspirar, dentro de lo educativo, sino la instrucción del pueblo alemán.

Sin duda alguna, puede pasar Lutero como uno de los fundadores de la nación alemana, fundación llamada al fracaso tratándose de quien había escindido al alma del pueblo alemán, haciendo así imposible para siempre esa unidad nacional.

Para Lutero deben instruirse los alemanes, porque desapareciendo escritura y arte, quedaría reducido el pueblo

alemán a un amontonamiento de salvajes tártaros o turcos, cuando no a sucio establo o manada de fieras bestias. La instrucción es necesaria para que no se halle entre los alemanes de pestilencia de suizos y franceses, y otras plagas. Con todas sus exhortaciones no busca Lutero su dicha y salvación, sino únicamente la del pueblo alemán.

Frente a la pregunta aporética que se hace Lutero, como puesta en boca del pueblo alemán, sobre qué utilidad pueda tener la enseñanza de lenguas como el latín, el griego y el hebreo, responde Lutero despiadadamente: «Por desgracia, sé muy bien que los alemanes debemos ser y permanecer siempre bestias y furiosas alimañas, como nos lo llaman, y muy bien merecido lo tenemos, los pueblos que nos circundan.»

Podríamos aumentar las citas, ya que lugares parecidos abundan en los dos escritos pedagógicos de Lutero que estamos utilizando. Con lo expuesto se nota a la legua el penoso sentimiento que invade a Lutero ante el espectáculo de un pueblo que va falto de instrucción y sin otros ideales que los utilitarios, como enlazados con la enseñanza. Difícil, por no decir imposible, va a resultar la empresa luterana de despertar en Alemania el espíritu, por medio de una educación en la cual nada se puede hacer en lo referente a lo espiritual o suprasensible. Y aquí estamos ante una magna diferencia entre la concepción luterana de la educación y la concepción calasancia, diferencia sobre la cual no estaremos de más insistir, después de haberla tocado anteriormente. Esa diferencia magna es el resultado de una concepción distinta del hombre o de la vida humana: la concepción de Lutero y la concepción de San José de Calasanz, que es la concepción católica.

Lo capital en esta concepción es lo espiritual, la salvación del hombre, y en ella cabe hacer algo, cabe intervenir por medio de la instrucción religiosa; en ella cabe el magisterio, no ya sólo jerárquico de la Iglesia Católica, sino el escolar, por medio de la enseñanza del catecismo, de la

doctrina cristiana. Esta enseñanza es la verdaderamente formativa, la auténticamente educadora. A su lado interesan, sí, las restantes enseñanzas, y sobre todo las elementales de leer, escribir y contar, pero sólo con el carácter de instrumentales e informativas.

Aunque sea capital en la concepción luterana de la vida la salvación del hombre, nada puede en lo referente a la misma la libertad humana, y, por tanto, no cabe instrucción ni educación religiosa de género alguno impartida por magisterio ni sacerdotal ni seglar: Cristo es quien inmediatamente nos enseña o educa. La instrucción escolar ha de reducirse en lo religioso a lo puramente instrumental: a aprender lenguas, principalmente los idiomas relacionados con la Biblia, hebreo, griego y latino, para leer ésta.

Si cabe enseñanza no sólo informativa, sino también formativa, una y otra han de reducirse a lo político y lo económico. En lo referente a lo primero, es de gran valor la enseñanza del derecho. Sólo en estos órdenes tiene poder la voluntad humana, y por eso solamente en ellos cabe instrucción o educación escolar.

La educación o instrucción luterana aparece falta de todo ideal trascendente, en el sentido pleno de la palabra y aun en el sentido restringido. Lo social o humano se reduce a lo puramente nacional; no interesa el hombre en cuanto tal, sino tan sólo el alemán, el pueblo o nación alemana.

Asimismo el ideal en lo político es la paz, que, por desconectarse completamente de lo divino, resulta algo trascendente, sí, lo individual, pero de una trascendencia alicortada. La instrucción, privada de lo religioso que no cabe en ella, sólo puede educar en una paz puramente política, de tejas abajo, sublunar, sin que sea posible fundamentar esa paz en lo divino o conectarla al menos con la vida en un más allá, y una paz así alicortada será el principio de la guerra permanente, simbolizada en el *homo homini lupus*.

Las últimas consideraciones están reclamando el estudio de un problema planteado por las directrices educativas insertas en la empresa calasancia.

Conexiona el Santo en el proemio de sus constituciones lo educativo con la reforma de la cosa pública, como si dijéramos, de la comunidad o de la sociedad humana, manifestando convenir en ello no ya sólo con los Santos Padres y Concilios ecuménicos, sino también con filósofos de sentir recto o justo. Es obvio que con ello se pone en evidencia una distinción entre el ideal pedagógico calasancio, que mira a la reforma de la sociedad humana, como quien dice, de la humanidad, y el ideal de Martín Lutero, que se detiene en el pueblo o nación alemana.

Mas no es esto lo que nos interesa aclarar, o mejor, el objeto de nuestra insistencia en este punto. Sabido es que también Platón conecta esencialmente su república o estado ideal con lo educativo. Al tratar, no ya de la posibilidad de ese estado, sino de los medios con que superar los obstáculos que pudieran oponerse al mismo, se fija en la educación como el capital de esos medios. Y el secreto de la educación platónica estriba en conceder absoluta primacía al todo sobre las partes, a la colectividad sobre el individuo, al común sobre el bien particular.

Si para San José de Calasanz depende la reforma de la sociedad de la educación, y esto se indica como capital dentro de los fines del Instituto, ¿no será por ventura igual a la platónica la concepción pedagógica del Santo?

Esa dependencia de la sociedad en su mejoramiento o reforma respecto de lo educativo, ¿no querrá decir para San José de Calasanz que la sociedad, lo mismo que para Platón, ha de ser como fin primario para la educación, que ésta ha de ordenarse a aquélla, como un todo que es respecto de los individuos o educandos?

Aunque pudiera ser que en las frases del Santo hubiera influido incluso la tradición de la doctrina platónica, por la que se inculca la ordenación primaria de lo educativo a lo

social, con la absorción por la sociedad del individuo, es evidente que en el Santo no puede haber en manera alguna esta significación. Se opone radicalmente a ella la concepción archicristiana de la vida, que medula la doctrina calasancia de lo educativo. El hombre es ante todo individuo, es persona con fines trascendentes que ganar en cuanto tal, y esos fines trascendentes no se contienen en lo social, sino que trascienden la sociedad humana para lograrse en la ultratumba. La sociedad humana es una ayuda, ayuda más o menos necesaria incluso para el logro de esos fines, pero de ninguna manera puede sustituirlos, convirtiéndose ella, en cuanto tal, en los mismos. Expresamente señala el Santo cómo fin no ya sólo de la enseñanza literaria, sino de la religiosa, el que los niños alcancen la vida eterna.

Si el cristianismo, frente a la sociedad pagana, ha descubierto el individuo, la persona, tal descubrimiento no puede oscurecerse ni mucho menos negarse en cualquier doctrina o concepción pedagógica meduladas por la fe cristiana.

Los problemas conflictuales entre una concepción pedagógica individualista y otra socialista, entre el individualismo y socialismo pedagógicos, alzarán la cabeza al calor de la concepción luterana de la vida, en la cual se realiza la escisión del alma humana. Mediante ella el mundo de lo suprasensible y el mundo de lo político y económico quedan separados completamente, cayendo aquél de un modo exclusivo bajo el ámbito de la fe, y quedando este segundo dentro del imperio de la razón y libertad. La educación, como refiriéndose tan sólo a esto último, a lo político y económico, viéndose privada de contacto con lo divino, se intrincará en paradojas y aun en verdaderas antinomias, una de las cuales estará constituida por la ya mentada entre socialismo e individualismo pedagógicos.

Si no cabe en modo alguno interpretar la doctrina pedagógica calasancia en tal sentido, ¿qué significará la con-



ción indudable que establece el Santo entre lo educativo y lo social?

Un primer significado de esa conexión surge obvio de las mismas constituciones de la Orden Calasancia. La dependencia que existe entre la educación de los niños y la reforma de la sociedad es aducida por el Santo como razón en orden a que tanto las ciudades, cuanto los pueblos y aldehuelas o villorrios, reclamen los escolapios, los sacerdotes de las Escuelas Pías, para que se encarguen de la tarea educadora.

Claramente se indica con ello la intervención de esos núcleos sociales, de esas sociedades concretamente constituidas, en lo educativo, derivando esa intervención del interés máximo que en ellas ponen o han de poner en su propia reforma, en su propio mejoramiento.

Si en las sociedades paganas se profesa siempre en mayor o menor grado la estatolatría, por rara paradoja todas ellas se desentienden, cuál más, cuál menos, de la enseñanza, de la instrucción, quedando ésta casi exclusivamente dentro de la esfera de lo particular o privado.

La sociedad cristiana, en cambio, en la cual políticamente no cabe estatolatría de género alguno, se interesa cada vez más por lo educativo. La razón de todo ello está en que la sociedad cristiana nunca propugnará una mera enseñanza o instrucción, sino que aspirará siempre a una educación en la cual sea básico lo religioso y después lo moral, apoyándose esto en aquello, y de la educación así concebida no es posible desinteresarse, precisa intervenir. Mas el sentido de esta intervención no será en modo alguno la absorción del individuo o de la persona por la sociedad, sino precisamente el reconocimiento de esta persona con fines allende lo político, fines que han de alumbrarse por la educación.

Tales son las directrices de la concepción pedagógica calasancia. Precisa formar a la juventud en las letras —leer, escribir y contar—; pero antes que nada es necesario im-

buirlos en la piedad, en lo religioso. La enseñanza y prácticas religiosas son lo fundamental, lo primario, en las Escuelas Pías. Además de esto, al lado de la instrucción literaria, se insiste especialmente en la formación moral de los educandos. Nada debe hallarse en los instrumentos de enseñanza, en los libros, que pueda estar en oposición con la honestidad, con las buenas costumbres, o resulte menos conveniente a unas y otras. Es más, ni aun se admiten libros de lectura neutra, sino tan sólo aquellos de los cuales pueda reportarse algún fruto.

La disciplina es algo que no debe reducirse al ámbito de la escuela: la acción educativa ha de extenderse fuera de la misma. En ello insiste, llegando a pormenores harto significativos el llamado *documento capital* de la pedagogía calasancia.

Todo esto, que confirma la repercusión de lo educativo en lo social, está al par aclarando más y más la significación que tiene en la concepción pedagógica calasancia la dependencia que se establece dentro de ella entre la reforma de la sociedad y la educación de la juventud. La educación se ordena a dicha reforma, ordenada ésta a su vez a la salvación de todos y cada uno uno de los súbditos, a la consecución de un fin trascendente, tanto en lo individual, cuanto en lo social.

\* \* \*

¡Hora es ya de ocuparnos de la nota más característica de la educación calasancia, que cifra uno de los valores trascendentes más destacados de la misma. Expondremos primero los hechos u ordenamientos, si se quiere, para vivir luego los valores que de ellos brotan a raudales. Vamos a vivir la empresa calasancia, revivir ese magno ente histórico pedagógico, en lo más típico del mismo.

La educación calasancia es una educación esencialmente popular, como destinada a las clases populares, al pueblo; mas aun dentro del pueblo estuvo ordenada prime-

ramente a las clases pobres menesterosas del mismo. Sólo a partir del año 1617 se preceptúa en una congregación tenida en dicho año que las Escuelas Pías estén abiertas indistintamente a pobres y no pobres. De todos modos, y aun a pesar de esta ampliación, son los pobres, los necesitados, el objetivo principal de la educación dada por los padres o religiosos escolapios.

No hay sino abrir las constituciones y los documentos pedagógicos salidos de la pluma de San José de Calasanz o inspirados por él para averar este último aserto.

Se proclaman pobres de la *Madre de Dios* los escolapios, sujetándose al imperativo de amor y paciencia, según el cual no solamente no han de ser objeto de desprecio los pobres, sino, por el contrario, de toda solicitud, ya que cuanto se hace con ellos al mismo Cristo se hace. De hecho son hijos de pobres la mayoría de los concurrentes a las Escuelas Pías, pobres que no pueden asistir mucho tiempo a ellas y que, por tanto, han de ponerse bajo la mira de un profesor que les enseñe lo necesario lo antes posible. Ya hemos aludido antes a la exclusiva que se concedía a los pobres en las constituciones y documentos primitivos de la Orden Calasancia. En efecto, era título que daba entrada a las dichas Escuelas el testimonio de pobreza expedido por el correspondiente párroco, resultando así una especie de título de honor para formar parte de la familia calasancia. ¡Qué contraste con la sociedad romana del Imperio y aun con la sociedad actual, en las cuales ser pobre es el mayor de los crímenes! Ser pobre o ir mal vestido: también a esto último se refiere algún documento calasancio primitivo. Vamos a copiar íntegramente un trozo, cual florecilla franciscana, cual violeta que está exhalando el perfume de Cristo.

«El prefecto —se dice— debe recibir con toda caridad a los pobres, aunque vayan descalzos, con los vestidos rotos y sin capa, ya que para éstos se ha fundado principalmente nuestro instituto. No se ha de mostrar con los padres de los escolares colérico o desconsiderado, sino piadoso y cor-

«tés en el hablar, de tal modo que los escolares y todos los  
«nuestros vean en él celo por el amor de Dios y ayuda para  
«el prójimo.»

Cuando se lanza una mirada retrospectiva en la historia de la educación y nos paramos un poco en la famosa peripetia pedagógica habida entre los sofistas y Sócrates, y repetida en mil maneras por Platón y en menor grado por Jenofonte, nos parece lo más peregrino en ella la acusación infamante que el círculo entero socrático lanza contra los sofistas por la enseñanza remunerada, al calificarla de verdadera prostitución del espíritu, tan infame como la prostitución de la belleza misma.

Sin la agudización que adquiere tal pleito en la peripetia dicha, continúa después el mismo, amortiguándose poco a poco hasta convertirse en cuestión o problema académico. Tal se puede decir que aparece en Séneca, el cual no obstante se esfuerza en dar una solución satisfactoria al mismo.

Es posible que al hallarse vinculada la enseñanza o educación en el medievo al sacerdocio, siendo prebendas o beneficios eclesiásticos las cátedras, dejase de ser problema la enseñanza remunerada, por extenderse a ella la ordenación paulatina expresada por la conocida frase: *Quien sirve al altar ha de vivir del altar*, ordenación ésta implícita en el dicho evangélico *digno es el operario de su recompensa*.

Mas lo extraño en sumo grado es cómo tras la secularización de la enseñanza, que empieza con el renacimiento triunfante de los siglos xv y xvi, no se ha replanteado un problema de tan añejo abolengo.

Podrá discurrirse sobre ello llenando páginas y páginas en busca de una explicación; pero siempre quedará el interrogante en la mente y en el corazón de todo maestro, atravesando por la más íntimo su ser de tal, si por ventura la sensibilidad del círculo socrático en este punto era inmensamente superior a la del magisterio actual. Contra una respuesta afirmativa se rebela todo nuestro ser, sobre todo nuestro ser de cristianos, cuya sensibilidad moral ha

debido afinarse, agudizarse, como fruto de la divina nueva, cumplida en el cristiano mediante la gracia.

Ante todas estas consideraciones, la empresa calasancia, destinada a los pobres, renunciando así hasta la posibilidad siquiera de macular la enseñanza, la educación, con el vil metal, con granjerías de cualquier género, se agiganta dicha empresa sublimándose con los caracteres de lo heroico.

La concepción pedagógica socrática, considerando como algo infame la enseñanza remunerada, queda del todo vencida y hasta achicada. En fin de cuentas, los círculos socrático-platónicos estaban constituidos por las clases distinguidas, por los aristos de la sociedad ateniense. En los círculos calasancios se busca de propósito el equivalente de los esclavos, o de las clases más bajas del pueblo griego.

Pero lo más interesante de todo no es precisamente la comparación indicada, sino la lección, el mensaje, el vivir esa historia calasancia que parece leyenda, con sus ribetes de quijotismo, consistente sencillamente en eso: en *dedicarse a la enseñanza, a la instrucción, a la educación de los pobres, pensando en que lo que hagamos a uno de ellos lo habremos hecho al mismo Cristo.*

Se habla con razón de la sangrante injusticia que gravita sobre lo educativo, casi se puede decir desde siempre. Sólo las clases acomodadas pueden aspirar de hecho a una educación superior. Se reconoce el derecho de aspirar a ella también a las clases inferiores; pero se trata de un derecho sarcástico, de un derecho sin posibilidad alguna, o muy pequeña, de llevarse a la práctica.

La sociedad moderna procede en esto a la manera marxista, aplicando el principio del mayor resultado con el mínimo de esfuerzo. Se ha creído que formando a las clases superiores se tenía todo en la sociedad; se ha pensado de una manera anticristiana, dejando abandonados a los pobres, a los míseros, y el resultado ya lo estamos tocando: un comunismo o marxismo que avanza arrollador, preten-

diendo acabar a todo trance con el monopolio de la educación por la burguesía y con todo el orden actual.

El mensaje, la lección calasancia no puede ser más del día. Se impone el quijotismo, el gesto heroico, la hazaña cristiana del caballero español José de Calasanz, como uno de los diques urgentes contra el rodillo comunista.

Para todos quienes sentimos en católico es este mensaje: todos habremos pecado seguramente, cuál más, cuál menos, en este punto. Los más necesitados de ayuda educativa nos llaman, porque en ellos está más urgente la llamada de Cristo, que es caridad, que es amor.

Y con esta palabra, que cifra la última raíz, o lo más profundo de la empresa calasancia, como el valor trascendente más capital de la misma, vamos a terminar.

Como todas las empresas humanas, la calasancia tiene también un motor, un primer y básico impulso que anima hasta los últimos detalles de la misma. Este motor es sencillamente la caridad cristiana.

En la primera línea del proemio con que se encabezan las constituciones escolapias aparece la caridad como la meta, uno de cuyos enrutados va a ser la empresa calasancia.

La caridad, juntamente con la paciencia, ha de ser la virtud que, revistiendo la forma de cuidado, ha de inspirar a los pobres de la Madre de Dios, a los religiosos escolapios para llevar a cabo su empresa educativa. Los jóvenes profesores han de formarse primero en esa sublime virtud para que después su ejemplo prenda en los escolares puestos a su mira. Esa misma caridad ha de ser directriz de los confesores para que con ella y la benignidad ganen para Dios a los alumnos, de tal modo que éstos lleguen a amarlos como a padres.

Siendo una institución cristiana había de esperarse todo ello, y, no obstante, el Santo español no deja de insistir sobre algo al parecer lo más supuesto y resabido.

Si la clave del enigma socrático, en lo referente al magisterio, está en la amistad, el amor de Dios, inspirando al magisterio cristiano, sobrepasa lo más capital del magisterio de Sócrates. El amor de Dios puede llevar hasta el sacrificio, hasta el heroísmo; sacrificio que no tiene sentido alguno, que es inconcebible dentro de la amistad cuyo fundamento no sea lo trascendente.

Esta distinción radical de la amistad que basa el magisterio socrático, y la caridad, que fundamenta la Calasancia, se pone bien a las claras por la existencia de la Orden de los religiosos escolapios, de la Madre de Dios o de las Escuelas Pías. La amistad socrática, cual motor magisterial, con ser mucho, se acaba, se agota en Sócrates mismo, maestro como pocos dentro de la cultura clásica. La caridad, motor de la empresa Calasancia, tiene fecundidad forjadora de todo un instituto que, trascendiendo el espacio y el tiempo, se perpetúa durante siglos y siglos a través de todas las naciones. Esa caridad trasciende allende lo individual para hacer comulgar en ella a los hijos espirituales de San José de Calasanz, originando así un ente histórico pedagógico, algo con caracteres de universalidad y necesidad que vence la carcoma del tiempo.

\* \* \*

He hecho cuanto estaba a mis cortos alcances para revivir la empresa Calasancia, para vivir su historia, sinónimo de su permanencia a través de los siglos. Si no he logrado que todos la viviérais conmigo, comulgando así en tal unidad de vida histórica, cúlpese a mi insuficiencia, y de ninguna manera a las posibilidades que encierra esa magna empresa educativa.

En ella empezamos por ver su carácter de universalidad, de catolicismo, como empresa cristiana, como algo radicado en el cristianismo que vino a alumbrar la unidad com-

pleta del género humano sin distinción de tiempos y latitudes: De ahí un valor trascendente el particularismo de pueblos, naciones y razas, como valor específico de la empresa calasancia.

Vimos después cómo esa empresa vencía del todo la división entre la educación y la instrucción, lo formativo y lo informativo o instrumental, escisión que se inicia ya con los sofistas, y que entrañaba un desgarró en el mismo ser humano. La educación calasancia, siendo instrucción o información y enseñanza de lo instrumental, se ordenaba a lo formativo como a fin principal, y en último término a la consecución de un fin trascendente. El que se pretendiese por ella la reforma de la sociedad no significaba ni mucho menos un socialismo educativo, o una absorción del individuo por la sociedad con la divinización de esta última.

Se nos presentó como lo más típico de la enseñanza calasancia el estar destinada al pueblo, a las clases inferiores, a los pobres con preferencia, y aquí fué donde se sublimó el carácter cristiano, hondamente cristiano, del instituto fundado por San José de Calasanz. De ese hondón cristiano salió el mensaje, la lección magistral de la empresa calasancia, lección-mensaje en el cual todos, absolutamente todos tenemos que aprender algo, y quiera Dios lo aprendamos y obremos en consecuencia.

Finalmente, cual motor de la empresa calasancia, cual *primum movens* de la misma, fulgura el amor, que todo lo puede. Ahí está el secreto de todos los éxitos de la dicha empresa, ahí es donde todos los valores trascendentes de la misma toman unidad y reciben sentido e impulso. Los sacrificios, los heroísmos de esa empresa, encuentran en el amor su explicación, porque sólo el amor es quien los ha vivificado, quien los ha hecho fecundos. Si el amor se contaba entre los dioses más poderosos del panteón clásico, el amor para los cristianos será la manera más aproximada de representarnos al Dios máximo, único e infinito, y así deci-



mos que Dios es caridad. Y para quienes hemos elegido la tarea educativa como el principal afán de nuestra vida toda, el amor, la caridad cristiana constituirá el mejor impulso y motor de nuestra empresa.

JUAN FRANCISCO YELA UTRILLA.